

Mas todo esto, aún no vale para preservaros; sobre todo si sois jóven desconfiad de vos misma y de vuestro corazón, pues en esta edad es tan fácil de conmoverse, que si vos sola tuviérais que cuidarlo, os veríais muchas veces en la imposibilidad de contenerlo. Recurrid al Esposo de las vírgenes, que solo Él tiene bastante poder para conservaros casta y pura: pues como dice en un salmo: *Si el Señor no guarda la ciudad en vano velan los que la guardan* (1). San Felipe Neri decía al Señor todas las mañanas: *Señor desconfiad de mí, porque soy tan malo, que si vos no me guardais, me verá en el caso de hacer os traición*. Pues así, todos los días al despertaros, uno de vuestros actos piadosos, debe ser ofrecer á Jesús vuestro cuerpo y vuestra alma para que Él sea su custodio: no dejéis de hacerlo, pues solo de este modo podreis atravesar el camino de la vida, sin que se manche la blanca túnica de vuestra inocencia.

Después que os hayais entregado en las manos de vuestro fiel Esposo, quedáos en una pacífica confianza; porque si os inquietais todavía, sería hacerle una triple ofensa: primero, á su ciencia infinita que conoce hasta el menor peligro que puede amenazaros; á su poder soberano que solo con querer, puede sacaros del peligro; y por último, á su ternura de Esposo, que está siempre dispuesto á socorreros.

(1) Ps. CXXXVI.

Si el temor quiere invadir vuestro corazón, decid: *¿Qué podré yo temer? El Señor es mi salvación. Aún cuando se levantaran ejércitos contra mí, mi corazón no temerá; el Señor es mi protector y mi libertador, en Él he puesto toda mi confianza y no seré confundida*. (1)

Y el Señor os cubrirá con su sombra, y estaréis segura debajo de sus alas. (2) Vuestros días transcurrirán en la castidad y la inocencia y desde esta vida gozareis de la felicidad prometida á los que tienen el corazón puro: *Tendréis por amigo al Rey Jesús*.

CAPITULO III

De cuán necesaria sea la virtud de la humildad para una virgen que vive en el mundo.

I.

Dice San Bernardo, *que una virgen debe ser una persona humilde por excelencia*; pues siendo la humildad la guarda mas segura de la pureza, es mas indispensable todavía á la virgen que vive en el mundo que á la religiosa, porque en el mundo está mas expuesta la pureza que en el claustro.

(1) Ps. XVIII.

(2) Ps. XC.

Por la humildad se atrae una virgen las miradas de complacencia del Esposo celestial; pues siendo un Dios celoso de su gloria, y con mucha justicia, no puede sufrir vérsela arrebatada, sobre todo por sus esposas, y por esto procura siempre mantenerlas humildes y anonadadas en su presencia.

Hija mia, decía un día á Santa Catalina de Sena, *Yo soy El que soy, y tú eres la que no eres.* (1) Y dirigiéndose á la discípula muy amada de su corazón, le dice: *¿Qué tienes tú, polvo y ceniza, de que puedas gloriarte, puesto que de tí no tienes mas que la nada?* Y después, conforme á una de sus revelaciones: *Yo te he escogido como un abismo de indignidad y de miseria para el cumplimiento de un designio tan grande, á fin de que todo sea hecho por mí.* (2) Santa Teresa da también este testimonio: *Cuando yo me anonadaba delante de Dios hasta tenerme á sus piés como un gusanillo que se arrastra por el suelo, entonces es cuando el Señor me levantaba y me unía consigo.*

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, decía Jesús; y el gran deseo de una virgen debe ser el crecer mas y mas en esta hermosa virtud. Y es de advertir; que como la humil-

(1) Vida de Sta. Catalina de Sena. Condesa de Flavigny.

(2) Vida de la Bienaventurada Margarita María. M. Bougaud.

dad es hija de la caridad, por eso, cuando crecen en un corazón las rosas del santo amor, se ven muy pronto abrir á su sombra las violetas de la humildad; y bien puede decirse, que el verdadero amor destierra todo orgullo.

II.

EN QUÉ CONSISTE LA HUMILDAD.

La humildad consiste en apreciar en su justo valor á Dios, á las criaturas y á sí mismo, y en dar á cada uno lo que le es debido.

Hay entre las personas piadosas la lamentable preocupación; de representarse á la humildad como una virtud austera, sombría y triste; mas esto es un grande error, pues por el contrario, no hay virtud mas noble y mas consoladora que la humildad.

La humildad es la franqueza y la lealtad de una alma que quiere ver triunfar siempre la verdad, aún cuando este triunfo la humille y la confunda.

Es la delicadeza de un corazón que ama á Dios y pone su felicidad en hacer redundar hacia Él toda la gloria, sin arrebatarle ni un solo átomo; porque no hay cosa mas dulce para el que ama, que el ver la gloria de la persona amada.

La humildad bien comprendida, le trae al alma piadosa la tranquilidad y la paz, y hace la feli-

cidad de la vida. Procuremos bosquejar algunos rasgos de su acción en las almas.

Una virgen humilde no se enorgullece por las buenas cualidades que pueda tener, ni por las buenas obras que pueda practicar.—Todo lo bueno que hay en mí, dice, viene de Dios—Y se complace en repetir las palabras del Apostol: *¿Qué teneis que no hayais recibido? y si lo habeis recibido, ¿por que os gloriáis de ello como si no lo hubiéseis recibido?* Sabe bien que sin la gracia de Dios no podría practicar ninguna obra santa, y dice: *Toda mi gloria está en el Cristo.* Y aún el bien que hace la lleva á la humildad, porque piensa que delante de la infinita perfección de Dios, sus mejores acciones deben aparecer manchadas con mil defectos.

Una virgen humilde no se turba por las alabanzas que le dirijan; sino que las recibe con sencillez y las ofrece á Dios, porque sabe que estas alabanzas no se dirigen á ella sino á los dones de su Esposo celestial. Así lo comprendía la piadosa amiga de Santa Magdalena de Pazzi, la hermana Evangelista. Era esta alma, tan sencilla de corazón y tan llena del desprecio de sí misma que Magdalena acostumbraba decir *que lo mismo era llamarla santa que tonta, porque ni las alabanzas la levantaban, ni las injurias la entristecían.* (1)

(1) Vida de Sta. Magdalena de Pazzi, t. 1 c. XIII, p. 29.

Los antiguos en sus victorias colocaban detrás del carro del triunfador un esclavo, el cual á cada exclamación de la multitud, decía al vencedor: *Acuérdate que eres hombre.* (1) Así, á cada alabanza que reciba una virgen, la santa humildad debe decirle en el fondo del corazón:

Acuérdate que no es á tí á quien alaban; son los dones de Dios los que alaban en tí.

Una virgen humilde recibe con piadosa alegría las gracias que el buen Dios le manda, porque ve en ellas una manifestación de su bondad, de su riqueza y de su amor. Así lo practicó la Santísima Virgen María, cuando Dios le elevó al insigne honor de hacerla Madre de su Hijo, y el Verbo se encarnó en sus castas entrañas, pues entonces entonó ese magnífico cántico que San Ambrosio llama *el éxtasis de su humildad.* Escuchad este himno de alegría: *Mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador!* ¿Pues por qué, oh Virgen Santa, sois tan feliz? *Porque ha mirado la bajeza de su sierva; y he aquí por qué me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso y su nombre santo.* Así, María, solo considera en Dios su poder y su bondad, y en sí misma su bajeza y su felicidad (2)

Una virgen humilde no se ofende por los desprecios, la falta de miramientos ó las afrentas.

(1) Cartas de San Gerónimo.

(2) El Padre de Ligny. Vida de Jesucristo.

Con harta justicia me tratan de esta suerte, dice, pues mucho más merezco por mis pecados. *No se exaspera por su debilidad, ni por las faltas en que cae*; pues dice, sin la gracia de Dios que me ha sostenido, habria hecho mucho mas mal todavía. *No se desconsuela cuando siente su miseria*; por el contrario, alégrase pensando que así da ocasión al buen Dios de ejercitar con ella uno de sus mas bellos atributos, que es la misericordia, y dice con San Agustín: "¿De qué serviría la misericordia de Dios si nó hubiera miserables? Acepta con perfecta resignación las penas interiores y las sequedades espirituales.—Yo no soy digna de los divinos consuelos, dice, puesto que estos favores están reservados para los Santos.

Una virgen humilde se acuerda que ha pecado muchas veces, y este recuerdo la humilla en su propia estimación, aun bajo de las criaturas privadas de razón. Cuando ve al pajarillo que vuela, á la oveja que pasta, á la mosca que zumba, ó á la mariposa que revolotea; cuando admira una flor, un ramo de lila, un sencillo tallo ó una hiervecilla del campo, dícese á sí misma:—Estas primorosas criaturas nunca han causado pena á su Criador! y yó, cuántas veces lo he ofendido!..... por eso soy mas indigna que ellas de su amor.

Una virgen humilde no se escandaliza de las faltas del prójimo: pues piensa dentro de sí, que si hubiera tenido que soportar las mismas tentaciones, habría quizá sucumbido de un modo mas grave. Imitad á aquel santo siervo de Dios que

interrogado un día si podría creerse tal malo como un ladrón famoso en aquel país por sus asesinatos y latrocinios, respondió: Si á él hubiera dado Dios las gracias que á mí, sería mejor que yó. (1)

Una virgen humilde no se cree indispensable á Dios. Pues sabe que Dios lo puede todo sin élla, y que ella nada puede sin Dios.—Como una pluma en las manos del que escribe, que la cambia por otra cuando le place, así se considera en las manos del Señor. Como un instrumento dócil y sin pretensiones, está pronta á abandonar cualquier puesto ú ocupación tan luego como lo exija la voluntad divina; y toda su felicidad y su gloria la pone en ser como nada delante de Dios.

Una virgen humilde no les atribuye á los Santos las virtudes que han practicado, ni á las criaturas, sus cualidades y sus encantos: sino que lo refiere todo á la gloria de Dios de que dimanar, porque muy bien sabe que las virtudes, las cualidades y la belleza de las criaturas, son adornos que Dios les presta para hacerlas agradables á sus ojos y procurar su gloria; así como un rey se encarga de proveer á sus criados de ricas vestiduras para darse honor á sí mismo, complacerse en mirarlos y probar á todos las riquezas de su casa y la bondad de su corazón.

Una virgen humilde se hace á sí misma cada dia estas dos preguntas: primera: ¿qué bien he hecho

(1) Citado por el P. de Ligny. *Vida de Jesucristo.*

yo hoy con la ayuda de Dios? y entonces imitando á los bienaventurados habitantes del cielo que arrojan sus coronas delante del trono del Corde-ro para glorificarle, arroja en el Corazón de su Amado las buenas acciones, los actos de amor y de virtud que haya podido practicar, diciendo: ¡Oh Jesús mío! si yo he hecho algun bien en el dia de hoy, lo debo á vuestra gracia: todo os pertenece y de ello me complazco, y todo os lo ofrezco para que os digneis unirlo con el bien que habeis hecho durante vuestra vida mortal, y ofrecerlo á vuestro Padre celestial para su gloria y la alegría de su corazón.—En seguida se pregunta: ¿Qué faltas he cometido en el dia de hoy? Y luego se pone á examinar las faltas y negligencias en que ha caido durante el dia, y dice sencillamente como Santa Teresa: ¡Oh Jesús mío! mirad lo que puedo producir de mi propia cosecha, reconozco muy bien en esto la yerba de mi huerto. Esta es mi parte que acepto con humildad y os suplico dejéis caer sobre mí algunas gotas de vuestra sangre para purificarme de estas faltas.

III.

CÓMO DEBE PRACTICAR LA HUMILDAD UNA VIRGEN
QUE VIVE EN MEDIO DEL MUNDO.

La vírgen que vive en medio del mundo tiene como una misión pública que llenar, porque debe

ejercer el apostolado del buen ejemplo, siendo como una *ciudad edificada sobre la montaña*, y aun mas, *lámpara colocada en el candelero para alumbrar á todos los que están en la casa*. Y por esto su humildad debe consistir, no tanto en ocultarse y vivir desconocida, cuanto en ponerse en las manos de Dios como un instrumento para ejecutar su obra en el mundo, y hacer llegar fielmente al Señor la gloria del bien que le sea posible practicar. Sin esto se verá detenida por una falsa modestia, y no se atreverá á emprender grandes cosas por Dios ni á comunicar su fervor á los que la rodean: caerá en eserúpulos de falsa humildad que la llenarán de inquietud, quitándole la libertad de espíritu y la detendrán en su vuelo hácia las obras de caridad.

Comprendedlo bien, vuestra humildad no depende de las circunstancias exteriores en que os encontrais, sino de las disposiciones íntimas de vuestra alma. Notad bien las palabras de vuestro celestial Esposo: *porque soy manso y humilde de corazón*. Sí, la humildad es una virtud *del corazón*; y aunque no hay duda que debe irradiar sobre los actos exteriores, pero su foco está en el interior, y esta virtud puede perfeccionarse en medio de las alabanzas y de los triunfos, lo mismo que en medio de las injurias y desprecios.

Jesueristo era tan humilde cuando entusiasmaba á las turbas con el encanto de su palabra, cuando curaba á los enfermos y entraba triunfante á Jerusalén en medio de las aclamaciones del pue-

blo, como cuando descansaba en el establo, ó trabajaba en el taller, ó moria ignominiosamente en la cruz. Mas también mirad cómo en medio de sus triunfos, Jesús atribuía fielmente toda la gloria á su Padre celestial. *Mi gloria no es nada* (1), decía. *Yo no me preocupó mas que de la gloria de mi Padre* (2). *Las palabras que os he dicho no son mías, sino de Aquel que me ha enviado.* He aquí vuestro modelo.

Cuando Dios os llama á ejercitar obras humildes y modestas, aplicáos á cumplirlas en secreto, teniéndoos por feliz en que vuestra vida pase escondida en Dios con Jesucristo. Y cuando Dios os llame á que ejerciteis otras obras que os expongan á las miradas, cumplidlas con toda sencillez, para gloria de Dios que os las impone, y edificación del prójimo que las mira.

Cuando sea del agrado de Dios conducir os por el camino de las humillaciones, id por él con confianza, pues es camino muy seguro: y cuando sea de su agrado llevaros por el de las alabanzas y la estimación, caminad con pureza de intención, pero también con confianza, pues todos los caminos de Dios son buenos.

De mí mismo nada puedo, decía el Apóstol, *mas todo lo puedo en Aquel que me conforta.* Así lo comprendía Santa Teresa cuando decía:

(1) Joan VIII, 54.

(2) Idem, VIII, 49.

Teresa sin Jesús no puede nada, mas Teresa con Jesús lo puede todo.

Dirémos una palabra todavía para que os aficionéis mas á la humildad, y está sacada de la vida de Santa Magdalena de Pazzi. Un dia, queriendo Nuestro Señor darle la inteligencia de los secretos divinos, se dignó instruirla el mismo Jesús, y entre otras palabras sobre la humildad, le dijo estas: *En el infierno hay muchas vírgenes; pero no hay almas humildes!* (1) ¡Qué palabras tan terribles y tan consoladoras á la vez! *Hay muchas vírgenes en el infierno!* Temblad, vírgen cristiana; mas también tened confianza, porque: *no hay almas humildes en el infierno.* Y si sois humilde, y trabajais seriamente en adquirir esta virtud, está asegurada vuestra salvación.

CAPITULO IV

De la caridad para con el prójimo.

Las últimas recomendaciones de un esposo, son sagradas para una buena esposa, y debe cumplirlas con religioso respeto.

Escuchad pues estas palabras que el Esposo celestial dejó caer de sus labios divinos la víspera

(1) Vida de Santa Magdalena de Pazzi, t I, c. V, p. 63.